

Orfa Kelita Vanegas Vásquez*

EROS Y TÁNATOS, COMPONENTES ESENCIALES EN
LA CUENTÍSTICA DE GERMÁN ESPINOSA**

EROS AND THANATOS, ESSENTIAL COMPONENTS OF GERMÁN ESPINOSA'S STORYTELLING

* Profesora de Literatura de la Universidad del Tolima, Magíster en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Autora del libro *La estética de la herejía en Héctor Escobar Gutiérrez*, (Universidad Tecnológica de Pereira, 2007). Integrante del grupo de investigación sobre Literatura Regional y Colombiana de la Maestría en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Vinculada a Colciencias en el Grupo de investigación de Literatura Colombiana. Coordinadora del grupo de investigación en Didáctica de la Literatura de la Universidad del Tolima, Correo electrónico: <http://rizomaliterariout.wordpress.com>, kelitav@yahoo.es

** Este artículo es producto de estudios reflexivos personales sobre las obras del escritor colombiano.

Resumen

Asistimos a un estudio sobre los elementos del Eros y del Tánatos como fenómenos fundamentales y dinamizadores de mundo en los personajes ficcionales de variados cuentos del escritor colombiano Germán Espinosa. Los protagonistas literarios y su devenir existencial en las diferentes situaciones de las narraciones abordadas, por estar sujetos a una serie de interdictos morales y sociales que una vez confrontados proyectan la fragilidad y el enigmatismo del hombre frente a la existencia misma y la confrontación con el otro, reflejan la condición del ser humano. Asimismo, se reconoce la palabra estética espinosiana como generadora de cuestionamientos frente a los recónditos misterios que rigen el comportamiento del hombre contemporáneo.

Palabras clave: Germán Espinosa, Eros, Tánatos, existencia, misticismo, ensoñación, psiquis, narrativa, moral, interdicción



Abstract

This is a study of the elements of Eros and Thanatos as fundamental and energizing phenomena of the world of fictional characters in various stories by the Colombian writer Germán Espinosa. The literary characters and their existential evolution in the different stories analyzed reflect the human condition as they are subjected to a number of social and moral interdictions that, once confronted, project the fragility and enigmatic condition of man with respect to existence itself and Additionally, the article analyzes how Espinosa's aesthetic language questions the most profound mysteries of the behavior of modern man.

Key words: Germán Espinosa, Eros, Thanatos, existence, mysticism, dreaminess, psyche, narrative, moral, interdiction

LA CUENTÍSTICA DEL ESCRITOR COLOMBIANO Germán Espinosa está delimitada dentro de una serie de temas relacionados con las profundas estructuras psíquicas del ser humano: los conflictos trágicos, las fatalidades misteriosas, las conjeturas sobrenaturales, el heroísmo, entre otros, mismos que nuclean en torno suyo una serie de nociones, razonamientos y sensibilidades que determinan en el lector un complejo desasosiego e inquietud consigo mismo y su sistema de valores. La constante en el estilo narrativo de Espinosa es llevar a su narratario más allá de lo aparentemente contado, al trasfondo de unas líneas donde se perciba la problemática inquietante, la esencia válida de la ficción, desenmascarar el quimérico devenir del hombre en cada uno de sus personajes.

La muerte y el erotismo se resuelven como fenómenos fundamentales y complementarios en la experiencia interior de los protagonistas ficticiales de la cuentística espinosiana; siendo así, pretendemos en esta reflexión exponer la unidad que se da entre esos dos elementos, a pesar de su antagonismo, además de las consecuencias y la generación de nuevas visiones de mundo que provocan en la sensibilidad psíquica individual y colectiva de cada uno de los implicados.

La sexualidad y la muerte se han definido como factores primordiales que delimitan la existencia humana. Se moviliza en ellos la reproducción y el sostenimiento de la especie, y ante todo se proyectan como elementos intrínsecos a la imaginación y la transformación del comportamiento y el pensamiento, estableciendo una palpable diferencia entre el hombre y el animal.

Estos dos elementos se han delineado en la psiquis humana como condiciones sagradas para la existencia, y por ello han estado sujetos a prohibiciones explícitas en las leyes divinas y en las normatividades sociales; por ejemplo, los mandamientos judeocristianos “No matarás”, “No cometerás adulterio”, se asumen como interdictos consecuentes de la actitud para con los muertos y la sexualidad, revelándose así el sustrato sagrado que el hombre ha dimensionado como la Ley que resignifica el acto sexual primario y el valor de la vida más allá de la muerte.

Eros, Tánatos y santidad

En su cuento “Noticias de un convento frente al mar”, del libro del mismo nombre, Espinosa narra la historia de una novicia adolescente que dentro de su convento, San Simón, despierta a su erotismo a través del contacto sexual con una de las monjas antiguas, la hermana Helga, situación que la sumerge en una especie de encantamiento mágico frente a la sombría cotidianidad que se había enraizado en ella, pues desde el momento en que la narradora se hace conscien-

de su placer erótico, empieza a mutar cada visión que le pintaba el monasterio; colorea los atardeceres y aromas del patio de ropas; el ruido escabroso del mar se hace rumor musical; renace a la vida desde sus visiones espectrales que la estaban marchitando lentamente en los desesperanzados meses que llevaba en el claustro.

Pronto la hermana Helga lograría sutilmente esa alteración, al introducirme en su mundo de quimeras manifiestas y de sensoriales éxtasis. Pronto la voluptuosa monja me haría olvidar aquellos cuidados y no sorprenda si, por los días en que hiciera profesión y formulara mis votos de castidad y pobreza, el monasterio se me hubiese de convertir en una mansión principesca, de la cual, acaso por la exaltación de los sentidos de que fui presa por largos meses, me sintiera dueña y soberana. (241^{***})

Para Georges Bataille (67) toda prohibición está sujeta a una transgresión, generada por el persistente impulso manumisor e instintivo del hombre, y en este caso podemos constatar cómo las dos religiosas al verse oscurecidas frente a la negación de la exploración sexual, tanto por sus juramentos sagrados como por su filosofía de vida, transgreden e inventan nuevos niveles para justificar su devenir cotidiano. Con gran suspicacia y casi con malevolencia, especialmente la hermana Helga, trascienden su existir en el deseo pasional de la otra; ambas transfiguran el acto carnal en una deliciosa exploración erótica, dando continuidad a su ser en la piel y el placer de la amada.

En este caso la transgresión cometida por las monjas es mucho más profunda. Juega por partida doble, pues hay quebrantamiento de sus votos de castidad, además de sostener relaciones homosexuales, acto repudiado por los prejuicios católicos. Pero es precisamente ese actuar perverso lo que las sumerge en una nueva vida. Cada encuentro clandestino es aprovechado hasta el desbordar de los sentidos, buscando frenéticamente en los besos, las caricias y el vibrar del cuerpo un verdadero paraíso y una correspondencia con lo divino. “Tuve, en aquel instante, una impresión de plenitud, de comunión con el alma del universo. Helga aún hacía presión en mis entrepiernas y percibí cómo, a través de la fina tela de hilo de mis interiores, introducía firmemente uno de sus dedos por la hendidura de mi cuerpo, mientras clavaba en los míos sus ojos negros como indagando mi aquiescencia” (243).

^{***} Todas las citas de los cuentos de Germán Espinosa provienen de la edición de *Cuentos completos* (1998) de Arango Editores.

Es de notar que esta historia pertenece a los recuerdos de la narradora, la novicia adolescente, ahora una mujer de más de ochenta años, una *madame*, dueña de un burdel, desencantada de los hombres actuales por no saber cómo acercarse a sus muchachas y disfrutar totalmente del placer erótico, preguntándose aún por su vida en el monasterio y creyendo haber cumplido su más caro sueño.

Para Pellegrini (48) la continuidad del hombre estaría en el amor erótico y la discontinuidad en la muerte; discontinuidad que toma un carácter simbólico-mágico al enriquecer su sentido con una serie de rituales y de creencias que idealizan en la conciencia humana una trascendencia eterna más allá de la finitud del cuerpo. Siendo así, Eros y Tánatos se dimensionan como fenómenos sagrados de la intimidad humana, dos antagonistas que coexisten permanente y hasta simultáneamente; dos potencias que configuran la vida del hombre, se enlazan el uno al otro para trascender el ser más allá de su subsistencia netamente fisiológica.

En “*Fenestella confessionis*”, cuento del libro *La noche de la Trapa*, el autor fusiona de manera magistral los elementos de la muerte y el erotismo en la psiquis del personaje principal del relato, el hermano Néstor. Aquí la muerte adquiere un valor religioso, el suicidio es un sacrificio que prolonga la existencia del monje en ese más allá deseado, ya que no pudo proyectarla en vida a través del erotismo. Ambas acciones, aunque son repudiadas por sus congéneres, llevan el más alto valor místico; el deseo erótico y el suicidio son los promotores del enaltecimiento espiritual del personaje, y aunque la narración termina de manera humorística, no somos ajenos a la desesperación interna del susodicho hermano: “Se apretó contra mi cuerpo y dijo en susurro: ¡Sí! ¡Alonso! ¡Tú eres mi diablo! ¡poséeme de una vez para siempre!... Me llené de horror, salí y cerré la celda. Cuando volvimos, lo hallamos muerto. Se había estrangulado con el rosario” (19, énfasis del original).

La culpa del religioso es angustiosa y delirante, sabe que su lucha es quimérica frente al irrefrenable deseo erótico por su compañero. Sin duda tiene total conciencia de su evidente transgresión a la Orden. Su inaceptada homosexualidad lo lleva a comparar sus sentimientos con la figura satánica y por ello, de manera bellamente simbólica, se estrangula con su propio rosario. Lo mata su propia fe, o quizás una imperecedera esperanza de purificar su alma pecadora para acceder al perdón divino, porque para el humano ya está condenado de manera vergonzosa.

“Nada en el desarrollo del erotismo y concepción de la muerte es exterior al terreno de la religión”, palabras sentenciosas de Bataille (2007, 73) para argumentar que son desequilibrios en los cuales el ser se cuestiona a sí mismo,

conscientemente. En “*Fenestella confessionis*” el erotismo es arrastrado en esa confusión de fuerzas antagónicas que se puede dimensionar como un erotismo de muerte, el hermano Néstor busca la superación de su ser individual; su suicidio no significa aniquilamiento, sino expansión, penetra el misterio de la continuidad.

Otro de los cuentos en los que se aborda el erotismo unido a la muerte es “Confesión de parte”, donde se narra la historia de una dama que toma venganza contra su esposo por el asesinato que éste ha cometido contra su hermano Joaquín. Pero lo interesante en este relato reside en que los dos fenómenos antagónicos se unen en el momento sagrado de la primera noche de bodas.

La protagonista del cuento es una mujer que desde niña ha sido una asesina en potencia. Es por ella que su tío, un boticario, muere de melancolía al encontrar siempre gusarapos en el agua destilada, diablura que comete la pequeña en retaliación por los sufrimientos que éste le había causado a su padre. Ya en su adultez muestra grandes habilidades para conquistar y enamorar a los hombres; posee el conocimiento del coqueteo femenino, arma que utiliza para asediar erótica y calculadamente al que fuera su víctima el mismo día de las nupcias. “Cuando esa noche, sin embargo, se inclinó sobre mí, glorioso ya en su desnudez de espada, y dio comienzo al rito de las caricias con esas manos asistidas por las esencias recónditas del alma, tanto le amaba que estuve a punto de borrar de mi memoria el recuerdo sentencioso” (323).

Una voluntad sádica se permea en esta relación amorosa al constatar que el personaje femenino manipula las situaciones desde sus intereses, y extenúa su aliento de deseo erótico y vengativo en el momento preciso del acoplamiento sexual, mientras que el marido, Antonio Cocuy, inocente de las intenciones de su esposa, se entrega en su *desnudez de espada* al profundo desvanecimiento del ritual amoroso y experimenta el hecho inquietante en que el impulso del deseo sexual, llevado hasta el extremo, es un impulso de muerte, de su propia muerte. Y la fémina tiene conciencia clara de este hecho al afirmar: “Mi boda no se consumó, porque tan pronto como se colocó encima mío, apenas amagó con ejecutar el sagrado crimen para el que mi madre me preparó toda la vida, hendí su carótida con la hoja de afeitar que oprimía entre mi mano derecha” (323).

El primer encuentro pasional de los protagonistas es recreado como un crimen sacro. Entran en juego una serie de instrumentos y rodeos ceremoniales que despiertan en el lector una atmósfera ritualística; en ello es clave la flexibilidad y el juego con el lenguaje. El escritor propone un despliegue de expresiones y palabras familiares al contexto místico: “sol moribundo, desnudez de espada, rito de caricias, esencias recónditas, maldición conjurada” (323), que armoniza-

das en la descripción de las diversas escenas insinúan un ambiente de sacrificio religioso, una muerte sagrada del amado esposo, quien desde un inicio es elegido como víctima y ofrenda que proporcionará el equilibrio y la expiación a la existencia caótica del personaje agresor.

Se entrelazan en las líneas narrativas las fuerzas placenteras del erotismo con las de la muerte, conjugando hábilmente los desbordantes sentimientos de la venganza con los de la pasión erotizada. Implícita en los hechos está una de las afirmaciones que hace Octavio Paz (21) sobre la ideología de Sade al afirmar que el erotismo pertenece al dominio de lo imaginario, del placer, como la fiesta, la representación y el rito. Y es que precisamente por ser un ritual colinda en alguna de sus dimensiones con la violencia y la trasgresión. En “Confesión de parte”, el ritual se cumple tanto de forma real como de forma simbólica con el sacrificio de Antonio Cocuy, pues él es la ofrenda sagrada que permite gozar el placer de la venganza y armonizar la íntima subversión que abate el alma de la narradora.

El vínculo entre erotismo y muerte no debería parecer paradójico, argumenta Bataille (97-114), puesto que para comprender el exceso del que procede el primero y el exceso que es el segundo es necesaria la inclusión de los dos fenómenos, dimensionar en ellos la característica común de ser liberadores del instinto humano, de la división o el resquebrajamiento del ser. Ambas actitudes contienen un sublime y desgarrador desprendimiento total de la conciencia, es decir, que en el momento pletórico del desvanecimiento de la razón, en el acto placentero de la posesión del sentir del otro, los sentidos se unifican en el desborde de un extraño placer, placer de vida liberada, que emana precisamente de la trasgresión a la prohibición, de la encarnación de una situación irregular.

En el cuento “En casa ha muerto un negro”, que hace parte de *Los doce infernos*, también se da una íntima asociación entre el placer del Eros y del Tánatos. Otra vez encontramos un personaje femenino, Leonor Radzynovich, quien siente la descomposición de su erotismo en la traición de su amante esclavo, y en medio de su perturbación y despecho decide darle muerte por haberla utilizado y por amenazarla con chantajes mezquinos.

Leonor con su esclavo negro dejaba de lado su sentimiento de pavor insano, el vértigo de estar cometiendo relaciones incestuosas, como le ocurría en los acercamientos sexuales con su esposo, en los que tal vez no sentía en su intimidad *legal* el desborde de pasión violenta, el paroxismo supremo que la liberara de sí misma. En cambio, al saberse adúltera, transgresora, su nivel de erotismo fluye desbocado y amenazador. “Creo que fue el vaho de las bestias, el perfume del estiércol [...] *Lo goccé* sobre el heno, en una especie de delirio legendario, una

suerte de acercamiento a los orígenes mismos de la vida, de la que yo me sabía apartada y repudiada” (138, énfasis del original).

La señora Radzynovich, que actúa como *Soberana*, al mejor estilo de los personajes del Marqués de Sade, decide nuevamente satisfacer sus caprichos íntimos, ya no para utilizar a su elegido para el desenfreno de sus deseos pasionales, sino para sacrificarlo en nombre de su amor traicionado. En ambos momentos el negro se convierte en la víctima de esta mujer, pues es ella la protagonista del inicio de las relaciones erótico-amorosas al saberlo sometido por “su condición inferior, por su piel negra” (138), e igualmente el de arrancarle la vida despiadadamente; e inclusive, el desvanecer y trivializar las consecuencias de este crimen, pues el juez Tribiño encargado de hacer justicia, eludiendo su deber, termina el relato expresando con su voz en irritante susurro: “Y le prohíbo que vuelva a tomar en serio a estos bromistas que llaman para hacernos creer que en casa ha muerto un negro” (139).

Hay una constante en el perfilamiento de los personajes femeninos en la cuentística de Espinosa, y asimismo en sus novelas —Rosaura García en *Los cortejos del diablo*, Genoveva Alcocer en *La tejedora de coronas*—, el de caracterizarse por ser independientes, inteligentes y con voz propia, de tener conciencia de su cuerpo y un dominio locuaz de sus encantos eróticos; son ante todo heroínas literarias trasgresoras que se pasean por las líneas con total autonomía frente a su existencia inmediata, que buscan desesperadamente reafirmar su yo y trascender su vida en los otros, desdibujando así la imagen de la mujer sometida o convencional, al servicio de sus señores.

Ensoñación y erotismo

Los sueños se caracterizan por ser pasajeros, inclusive por quedar en cierto vacío existencial, porque una vez despiertos, conscientes de nuestra realidad empírica y de los marcos geométricos del espacio claro, no recordamos con exactitud los sucesos soñados, sino fragmentos de éstos, cuando no los olvidamos totalmente. El espacio onírico es un estado de inconsciencia, de la perdición momentánea del ser, la intermitente muerte que surge de una voluntad arracional de ocultamiento en las profundidades de lo oscuro. “El sueño de la noche no nos pertenece. No es nuestra propiedad. Para nosotros es un raptor, el más desconcertante de los raptos: nos arrebató nuestro ser” (Bachelard, 1993, 218).

Mas cuando un sueño se hace recurrente y consciente, hay en la psiquis del soñador una transformación. No se presenta ya un arrebató involuntario del ser, sino una prolongación del mismo en las imágenes suscitadas por su imagina-

ción, y a la imaginación de la concentración sucede una voluntad de irradiación que lleva a la ensoñación. La mente humana se abstrae del espacio y del tiempo inmediato para penetrar en un mundo ensoñado, recurrente en imágenes placenteras que transforman el *cogito* del soñador, permitiéndole así una liberación de sus instintos e infundiendo nueva vida a su ser.

Antonio Anzoátegui, personaje central del cuento “La máscara amorosa de la muerte”, de *El naipe negro*, se abstrae momentáneamente en sus luchas campales con los recuerdos y las ensoñaciones que le inspiraban Cecilia Gómez; las imágenes eróticas, de deseo ardiente, se entrecruzan con las ráfagas de bala y las lúgubres nubes de pólvora. Hay en su voluntad de imaginación, signada por la angustia y la transgresión, la ilusión de ser más de lo que es, de poseer el cuerpo de la mujer ansiada y trascender en la lucha erótica su propia existencia. “El recuerdo de la mujer, pungente como un remordimiento, jugueteaba, se divertía en su imaginación, escabulléndose y reapareciendo al modo de una presa fugaz en alguna remota expedición de cacería” (458).

El militar transforma los efímeros recuerdos en posibles realidades futuras, pasa años deseando ver de nuevo a esa mujer fugaz que se cruzó rápidamente en algún lugar de Tunja, y sólo eso bastó para sumergir el resto de su vida en una ensoñación erotizada. El ensueño del cuerpo apetecido, de los nocturnos ojos, lo extraviaban del campo de batalla para envolverlo en un aire alucinado, de imágenes exaltadas en su amor furibundo, pues veía rebrotar en su fantasía, en medio de la batalla, el infatigable rostro de Cecilia Gómez como si fuese la quintaesencia de la victoria. “El amor, el amor estaba allí, en medio de las ráfagas de balas y de las ardientes nubes de pólvora” (461).

Estas ensoñaciones tienen un núcleo común primordial: la violencia, en el desborde del placer absoluto tanto en la ensoñación erótica por Cecilia como en la matanza a sus adversarios, ya que es precisamente en el momento más álgido de los encuentros bélicos que Anzoátegui se desmanda en su frenesí sensual. Él se sabe inmortal en el campo de batalla. En algunas cartas a su esposa, Teresa Arguíndegui, confiesa que “no sería una bala la que suprimiera su vida” (460). Se mostraba seguro de este destino. Lo que desconocía era que su existencia se disolvería en otra lid, la de la cópula *perfecta*, en la fusión total del Eros con el Tánatos.

Entonces la tumbó sobre el lecho y la penetró con suavidad, mientras iniciaba unos rápidos acezos. Sólo unos pocos vaivenes fueron posibles antes que, con horror, Cecilia viera congestionarse en forma alarmante el rostro del hombre amado, que saliéndose de ella y echándose boca arriba en el lecho, en el muelle lecho, dijo sentir un terrible dolor en la parte delantera

de la cabeza, al tiempo que nublaba por completo su visión. Sus venas latían con violencia. La mujer percibió cómo crecía la calentura en el cuerpo de Anzoátegui y como éste se desgonzaba hasta yacer como muerto. (473)

La ensoñación erótica termina de manera magistral, toma forma y relieve acrecentando la existencia de Anzoátegui. Muere, sí, pero en medio del deseo conquistado tal vez escuchó la música interior que le anunciaba la llegada del ángel de la muerte, pero lo confundió con el ángel encarnado en el cuerpo vibrante y apasionado de Cecilia Gómez.

Los cuentos “Susurro de hojas de otoño” y “The boomerang”, de *Noticias de un convento frente al mar*, desarrollan una nueva faceta del erotismo unida al significado del sueño. Hay en ellos un estilo burlesco pero también exultante de las teorías psicoanalíticas freudianas sobre el inconsciente individual plasmado en las vivencias reprimidas de los personajes.

Julio Braga, protagonista del relato “The boomerang”, sufre por la constancia de un sueño erótico o fantasía nocturna: en el momento de unirse sexualmente a su pareja femenina descubre en ella, con desolación, un prometedor sexo masculino, experiencia onírica que lo atormenta al ser devuelto a su realidad diurna. “Descubría de repente, con decepción y cólera, que a pesar de los garridos senos y de las caderas incitantes, entre sus piernas pendía un pequeño pero convincente miembro viril” (287).

El intelectual, conocedor y casi fiel a las teorías psicoanalíticas, interpreta este hecho como cierta inclinación homosexual inconsciente, y para liberarse de ello recurre a las terapias con el doctor Ramón Goyzueta, pero infortunadamente para su perfil de *hombre macho*, político y luchador acérrimo en el partido, el espacio onírico se amplía, y su psiquis lo traiciona, pues la noche se totaliza al apoderarse también de su voluntad diurna, pues en poco tiempo se torna un enamorado fiel de su psicoanalista, tanto así que por libre decisión invierte todos sus ahorros para publicar en edición de lujo la indivisa charlatanería que éste barboteaba en los cafetines.

Se confirma en este hecho el *cogito* difuso de este soñador de ensoñaciones eróticas, quien cree recibir de la imagen de Goyzueta una tranquila confirmación a su existencia, pero no, porque lo más inquietante surge después de terminar las sesiones psicoanalíticas y volver a su vida cotidiana, pues el sueño sigue recurriendo, pero con una variante, ahora la mujer conserva todos los encantos de su cuerpo femenino, pero para su desgracia Braga constata que su propio sexo es ahora “tan femenino como el de la susodicha ninfa” (289). Es

decir, que su ensoñación erótica homosexual pervive en medio de su negación voluntaria diurna.

El cuento “Susurro de hojas de otoño” aúna el erotismo, el sueño y la muerte, como posibilitadores y dinamizadores del acontecer existencial del personaje narrador que confiesa su historia. A medida que va haciendo una exposición detenida de las teorías psicoanalíticas de Freud, describe sus andares por otros países, su vida aventurada y la recurrencia de un sueño bastante traumático: la violación de una niña de nueve años. “Fue por los días en que Freud, exiliado, murió en Londres, cuando vi enriquecerse la visión con el acto adicional y absurdo de la violación por mí perpetrada, con horror, en aquel cuerpecillo que no terminaba de florecer” (296).

Es de notar que en este relato, rico en microtextos y referentes históricos, el hilo conductor son las transformaciones oníricas en el espacio diurno, cuando se es consciente de los actos. El médico, único narrador personaje, demuestra desde su sabiduría científica la trascendencia de los sueños nocturnos en la psiquis humana. Él, como espejo de las teorías freudianas, se autoanaliza y descubre que su neurastenia sexual es consecuencia de una experiencia infantil traumática.

Lo interesante es visionar cómo la transmutación de sus neurosis enriquece su faceta erótica, y que además rebrota en relación con la muerte de seres queridos; por ejemplo, cuando regresa del funeral de su primer maestro, esa misma noche sueña con su desnudez. Se siente tranquilo, satisfecho, frente a un grupo de personas que le miran con naturalidad; lo curioso es que al final del sueño se tira al piso como un perro a dormir. Este desenlace onírico puede interpretarse como un reflejo de animalidad por el acto de estar desnudo sin provocar vergüenza, ni sentirse avergonzado, perdiendo entonces la esencia erótica por verse desligado de la trasgresión. Su desnudez es ajena a la interdicción. Quizás por ello el narrador no limita su placer exhibicionista al inconsciente nocturno, y decide hacer la prueba en el mundo real, descubriendo en éste el sobresalto que causa a los otros su desnudez desprevenida, reacción que le origina una pletórica sensualidad. “No obstante, muy a las claras hallaba ahora que el placer de mostrarme desnudo, en particular a personas sencillas, ajenas a todo alambicamiento de intelecto, me resultaba hartamente superior al del acto sexual, ya este difícilmente lograba la satisfacción final, en tanto que con el otro llegaba a ella en un crescendo sostenido” (295, énfasis del original).

Los sueños eróticos se van apoderando poco a poco de su vida consciente mientras que se desdibujan de su espacio onírico, pero persiste el sueño pedófilo, e inclusive se transforma y enriquece cuando se entera de la muerte de Freud en

Londres, y es tanto su impacto frente al hecho de perder su segundo maestro, que esa misma noche el sueño toma un cariz más violento y sugestivo. Ya no sólo se complace en ver el cuerpo desnudo de la niña, sino que arremete contra ella y la viola. “Desperté con sobresalto, pues había soñado que la entornada puerta por donde alguien espiaba mi acto de violación se abría con violencia, y quien desde allí me observaba, no era en modo alguno, el doctor vienés, sino mi padre, maldita sea, mi padre, que me miraba con ojos de complacida aprobación” (302).

Una y otra vez el sueño recurre en sus noches, siempre asociado a acontecimientos fúnebres o a fuertes transgresiones eróticas, pero poco a poco también va desenmarañando su psiquis para descubrir la causa de éste; es así como asocia su violencia onírica a un recuerdo borrado, a la “hoja de otoño que susurra un instante en el viento” (303), y es el de haber sorprendido a su padre violando a la hija de la criada, una niña de nueve años, cuando el narrador sólo contaba con tres.

El sueño se plantea como revelador de lo real, del recuerdo sellado. Declara, a través de él, la horripilante verdad, además de encontrar justificación al odio inexplicable que sentía por su progenitor. El personaje dice —citando a Freud, su padre cósmico— que “el sueño es un realizador de deseos” (296), y gracias a ellos es que este singular médico descubre el éxtasis erótico y la vergüenza de su familia.

Vemos, entonces, cómo en cada uno de los cuentos abordados se esclarece la relación que fundan los fenómenos de la muerte y el erotismo en el devenir de los personajes. Hay en estos componentes un dispositivo de humanidad que conlleva la generación de interrogantes íntimos frente a la cotidianidad, y por ende, una movilidad de la existencia misma. Eros y Tánatos, dimensionados desde un plano sagrado, modifican la concepción primaria de la vida y la muerte, pasan a resignificar dentro de un conjunto de leyes y determinaciones morales la convivencia del hombre con sus coetáneos y el contexto cultural propio.

El escritor alcanza en estas narraciones ricos matices al relacionar el erotismo y la muerte con los estados del sueño y la santidad, pues abre nuevas posibilidades para interpretar la compleja psiquis del hombre. En la caracterización de los personajes se percibe la intervención de las teorías del psicoanálisis y la fenomenología, con el claro propósito de enriquecer el significado connotativo de la anécdota, lo cual a su vez, también genera estudios caleidoscópicos, es decir, con variedad de tonalidades y miradas a los temas y problemas suscitados.

La cuentística espinosiana contiene diferentes elementos antagónicos que celebran el devenir del hombre: el erotismo y la muerte, el amor y el odio, el

bien y el mal, el día y la noche van apareciendo en sus líneas narrativas, en las historias recreadas como unidades sólidas, constitutivas de la esencia vital del ser. Así como en sus grandes novelas —*La tejedora de coronas*, *El signo del pez*, *Los cortejos del diablo*, entre otras— nuevamente nos encontramos en un mundo ficcional lleno de referentes históricos, míticos, mágicos “de un mundo dotado de vitalidad: a través de asociaciones de imágenes, de metáforas obsesivas, de elaboración de cierto tipo de personajes” (Valencia 72), que de manera magistral proyectan múltiples relaciones que comprometen la condición humana y cuestionan su sistema de valores. ❧

Obras citadas

- Bachelard, Gastón. *La poética de la ensoñación*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- _____. *El derecho de soñar*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- Cajiao Restrepo, Francisco. *La piel del alma. Cuerpo, educación y cultura*. Santafé de Bogotá: Magisterio, 1997.
- Espinosa, Germán. *Cuentos completos*. Santafé de Bogotá: Arango, 1998.
- Freud, Sigmund. *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Altaya, 1993.
- Gaitán Durán, Jorge. *Sade*. Santafé de Bogotá: Seix Barral, 1997.
- Giraldo Naranjo, Julián. *Ser y acontecer del nuevo mundo. El simbolismo mítico en la narrativa de Germán Espinosa*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2006.
- Paz, Octavio. *Un más allá erótico: Sade*. Santafé de Bogotá: TM, 1994.
- Pellegrini, Aldo. “Lo erótico como sagrado”. *Número 22* (junio-agosto de 1999), 48-56.
- Valencia Solanilla, César. “Todas las cartas en el naipe negro: Sobre la estructura narrativa en la cuentística de Germán Espinosa”. *Revista de Ciencias Humanas* 18 (Pereira, noviembre de 1998), 67-73.

